

DE LAS DELICIAS AL INFIERNO, UN PASEO

RECUERDO cuando, sólo diez años ha, el delicioso paseo de Recoletos nos proporcionaba, a los que veraneamos en la Corte, un lugar de tranquilo e inocente regocijo; sentados en un banco o en la actualmente desierta terraza del Gijón, o bien *flaneando* desocupadamente bajo sus árboles umbrosos, disfrutábamos casi en soledad, sin necesidad de mucho dinero, del añorado viejo «Baden-Baden». Madrid nos pertenecía: era nuestro paradisiaco secreto. Pero igual que en el famoso tríptico del Bosco, el sosegado paraíso se abriría pronto a una multitudinaria celebración de la vida cuyos últimos desarrollos —de dudosa significación— apenas se podían prever en aquel momento de la primera euforia *posmoderna*.

Comenzó, pues, el baile que conduciría por fin a excesos por entonces todavía inconcebibles. Brotaron nuevas terrazas, algunas con estridente música «rock», otras con discretas orquestinas. Surgieron asimismo los payasos, los adivinos, los vendedores ambulantes y toda clase de mendigos. Intensificóse el ambiente de feria, de forzada alegría. Por las noches se aglomeraban coches, motocicletas y muchísima *movida*.

Consistió este cambio en una especie de frenética invasión juvenil que no tardó en apoderarse del pequeño declive hacia Colón, convirtiendo a los intimidados peatones que por su desgracia debían pasar por ahí en bollos humanos amenazados por inhumanos proyectiles, pues así pueden ser considerados los intrépidos patinadores que acuden cada tarde a la cita, zigzagueando entre latas de Coca-Cola puestas en fila, saltando por barreras erigidas en el centro del paseo y —¡última novedad!— sorteando los obstáculos humanos en *serpientes* de tres o cuatro patinadores abrazados que se deslizan entre los aprensivos paseantes.

¿No sería este el momento propicio —antes de que leamos en la Prensa el atropello y derribo de algún anciano o el aplastamiento de un bebé (lo cual puede ocurrir en cualquier momento y es milagro que aún no haya ocurrido)— para pedir a las autoridades municipales que tomen las convenientes medidas en alivio de esta desgraciada situación que está convirtiéndose, rápidamente, en un auténtico infierno? La falta de respeto, tanto a las personas como a la propiedad —bancos públicos, jardines, estatuas, etcétera— es indigna de una gran capital europea. Hace más de una semana, por ejemplo, alguien llamó a la Policía para denunciar el destrozo del monumento a Valera, cerca de Colón: a la figura de Pepita Jiménez sentada bajo el busto de su autor le habían roto el libro que tenía en sus manos y le habían cortado sus marmóreos pies. Al parecer, nadie acudió, pues ahí yacen todavía, al lado de su mutilada dueña, las zapatillas cruzadas de la pobre Pepita, cuya cara y cuerpo —para peor insulto—, acababan de pintarrapear de negro...

¡Cuán lejos estamos ya de aquel añorado paraíso!

Carolyn RICHMOND

18 / A B C

OPINIÓN

VIERNES 21-7-89

MADRID, VIERNES
21 DE JULIO DE 1989
NUMERO 26.938
SESENTA Y CINCO PTAS.

CON «BLANCO Y NEGRO»: 125 PÉSETAS

A B C

DOMICILIO SOCIAL
SERRANO, 61
28006-MADRID
DL: M-13-58. PAGS. 120